

Pilar MONREAL. *Antropología y pobreza urbana*. Los libros de la Catarata, Madrid, 1996, 125 páginas.

Adela García*

«¿Quién quiere conocer los problemas de los pobres en el norte de Wisconsin? La gente pobre del norte de Wisconsin sabe cuáles son sus problemas. No necesitan que alguien les diga que son pobres. Pero las personas que están encargadas de mantener la mala distribución del bienestar en esta sociedad no conocen todos esos problemas. Ese conocimiento es esencial para quienes se colocan en lo más alto de la economía política y miran hacia abajo para asegurarse de que los elementos disidentes de la población se mantienen controlados y de que el sistema sigue funcionando tranquilamente» (p.117)¹

Esta larga cita sintetiza, desde mi punto de vista, si no la letra, sí la *música* del libro de Pilar Monreal del que voy a ocuparme, y por eso me he permitido reproducirla antes de empezar con el comentario, propiamente dicho, de su trabajo.

La pobreza es una de esas nociones que se resisten a la conceptualización precisa en ciencias sociales, como ocurre con las de comunidad, cultura, necesidad, y otras. Lo mismo ocurre con algunos de los conceptos que a la pobreza se aso-

* Universidad de Barcelona.

1. GEDIKS, A. (1979). «Research from Within and from Bellow: Reversing The Machinery», en G. Huizer y B. Mannheim (eds.) (1979): *The Politics of Anthropology. From Colonialism and Sexism a View from Bellow*, Mouton Publishers, París, pp. 461-478.

cian, como el de cultura de la pobreza, gueto, marginación, o el más moderno de subclase. De todos ellos se ocupa la autora en este trabajo con la voluntad de presentar un estado de la cuestión del tratamiento que se ha hecho de la pobreza urbana por parte de la antropología y disciplinas afines. Por ello, este libro es especialmente recomendable tanto para los estudiantes como para quienes necesiten refrescar su memoria sobre cómo los científicos sociales han abordado el estudio de la pobreza, o para los que deseen aproximarse al tema por primera vez.

En la introducción a su trabajo, tras presentar los temas más importantes del debate teórico sobre la pobreza, la autora lanza una afirmación que no por conocida es menos inquietante: «...los ricos son los que definen a los pobres, y esas definiciones han empapado el tratamiento que las ciencias sociales han dado a la pobreza» (p. 11). De ese tratamiento surgen buena parte de las políticas que se han aplicado a los pobres, por lo que las ciencias sociales, entre ellas la antropología, deben asumir su responsabilidad y no escudarse en una supuesta neutralidad científica, que no existe, sino que «generalmente funciona como un mito para oscurecer las relaciones de poder y subordinación a la vez que constituye un instrumento de control» (p. 116).

En el siglo xvii, según la autora, se empieza a teorizar sobre la pobreza, destacándose el papel de la distribución de los recursos más que los juicios morales sobre los pobres: la pobreza era considerada un problema social más que individual. A finales del xviii se produce un giro notable, se buscan las causas de la pobreza en los comportamientos de quienes la sufren. Posteriormente, en la segunda mitad del xix, se diferencian dos tipos de pobre, el «digno» y el «indigno» (p. 14), clasificación que se ha mostrado vigorosa puesto que ha pervivido hasta la actualidad, con éstas o con otras etiquetas. Marx vuelve a considerar la pobreza como un problema social; hay pobres por las mismas razones por las que hay ricos, pero mantiene la división entre las dos grandes formas de ser pobre. Para él existe una pobreza inmoral, la del lumpenproletariado. A partir de entonces, los dos

grandes marcos de investigación y de acción política sobre la pobreza pueden sintetizarse como sigue: el que contempla la pobreza como «un problema social, causado por las fuerzas del mercado» y aquél que la «ve como un problema individual de personas que no saben, o no pueden, aprovechar las ventajas que les ofrece esta sociedad» (p.14).

La Escuela de Chicago, como en muchos otros campos de estudio, jugó un papel fundamental en el estudio de la pobreza urbana entre los años 20 y 40 de nuestro siglo, y su influencia persiste en muchos estudios sobre este tema. Al trasladar los métodos de la antropología al estudio del mundo urbano, los autores de esta escuela realizaron algunas de las mejores etnografías en ese ámbito; sin embargo, cometieron algunos errores teóricos importantes que contrastan con la calidad de sus descripciones: aquellos comportamientos que no se ajustaban «a los principios culturales de la sociedad angloamericana» eran «considerados anómalos y relacionados con la degradación y la desviación sociales, vinculados al crimen, a la pereza y a la inestabilidad residencial propios de los habitantes del gueto». Nunca se relacionó el gueto con la situación económica y política del Chicago de la época «dejándose de lado el estudio de la estructura económica y el papel del Estado a través de sus administraciones, lo que debe relacionarse con la concepción de la ciudad o del gueto como un organismo vivo que crece espontánea e independientemente» (pp.26-27).

El concepto de cultura «está explícito o implícito en la mayoría de las teorías sobre la pobreza». A partir de él se establece un debate que en la mayoría de los casos gira en torno a si los pobres tienen o no una cultura propia que los diferencia del resto de la sociedad. La teoría de la «cultura de la pobreza» se nutre de, y alimenta, este tipo de debates. Los estudios sobre pobres urbanos, cuando las ciencias sociales vuelven a interesarse por este tema en ciudades del «Centro» en los años 60, utilizan la noción de «cultura de la pobreza», que está íntimamente relacionada con la etnia, aunque no se reconozca expresamente por los

autores que hacen uso de ella: Lewis lo aplica a sus estudios, primero en México, y luego sobre los hispanos en San Juan y en Nueva York, otros autores lo hacen con referencia a los afroamericanos; aunque son escasos los autores que lo aplican a los pobres angloamericanos. Se acepta, aunque con matices según los autores, que los pobres, los pobres indignos, tienen una cultura diferente que se reproduce y perpetúa a través de las generaciones mediante la socialización. «La cultura de la pobreza es tanto una voluntad de adaptación como una reacción de los pobres frente a su posición marginal en la sociedad capitalista, es una forma de vida que se manifiesta tanto en contextos urbanos como rurales, regionales y nacionales» y se expresa al menos «a tres niveles: la estructura familiar, las relaciones comunitarias y las características individuales» (p.34).

Uno de los principales problemas de la teoría de Lewis de la cultura de la pobreza es que «introduce una serie de condiciones contextuales absolutamente variopintas, y sin ninguna jerarquización» (p.34), de modo que, por ejemplo, no llegamos a saber si es más importante la existencia de bajos salarios o la estructura familiar bilateral para que se desarrolle la cultura de la pobreza. En cualquier caso «casi cada una de las características con las que Lewis define la cultura de la pobreza puede ser cuestionada siguiendo sus propias descripciones etnográficas» (p.41).

En los años 60, las autoridades norteamericanas diseñan sus políticas para luchar contra la pobreza partiendo de la presentación de los pobres que realizan los teóricos de la pobreza, considerando a los pobres como los responsables de su situación. Se actúa para modificar los comportamientos y formas de organización de los pobres «indignos», para acercarlos a los de la clase media norteamericana y no se plantea el problema de la distribución desigual de la riqueza.

Si bien el marxismo considera a la pobreza como un problema social, mantiene la división de los pobres entre «dignos» e «indignos» hasta que E. P. Thompson primero y E. Wolf después afirman que esa separación es inadecuada. Los pobres, «dignos»

e «indignos», según estos autores, pertenecen al mismo grupo social, a los trabajadores; comparten sus formas de vida, lugares de residencia y mantienen entre sí relaciones de parentesco, amistad y vecindad.

Para mí, uno de los capítulos más interesantes del libro es «Nueva pobreza urbana en las ciudades centrales. El caso de Nueva York». Desde los años 70 en la ciudad de Nueva York han tenido lugar una serie de procesos de transformación, que la hacen especialmente útil para exponer los debates surgidos en torno a la nueva pobreza urbana, debates en los que la antropología ha tenido escasa presencia, según la autora. Los debates giran en torno a la existencia de una nueva pobreza urbana, al papel del género, la feminización de la pobreza, la relación entre raza y pobreza, el papel del Estado, en un momento en que se está desmantelando el Estado de Bienestar y de crisis fiscales de la ciudad. La descripción que hace Monreal de esta crisis es especialmente interesante, pues evoca la situación que se está denunciando en España en los últimos meses. Da algunas cifras sobre la ciudad de Nueva York, por ejemplo de la educación: entre 1969 y 1974 los gastos de matrícula aumentaron un 36%, lo que supuso la disminución de la matrícula de negros y latinos, que en 1980 eran 17.000 menos que en el 1976-77. El sistema público de educación universitaria, que había sido gratuito y con una importante financiación para los estudiantes más pobres, ha visto reducida sus financiación y sus becas. Al mismo tiempo, la financiación pública para instituciones privadas de salud y educación se ha ido incrementando «vertiginosamente». En 1980 el Estado financiaba el 33% de los gastos en colegios y universidades públicas y el 41% en los privados.

Todo ello sucedía mientras disminuían los gastos en diferentes servicios de la ciudad que eran realizado por los más pobres, como la limpieza de las calles. En 1981 fueron despedidos unos 300.000 empleados de la ciudad: la mitad de los trabajadores hispanos, dos terceras partes de los varones afroamericanos y una tercera parte de las mujeres de este grupo (p.58).

También me parece interesante, al menos porque invita a la reflexión sobre el papel de la antropología en la sociedad, el capítulo octavo y último: «Antropología y pobreza». Para la autora «La definición de pobreza por la que se opte implica una forma de considerar la actividad del Estado, la organización de una sociedad, una concepción de las clases sociales, de la estratificación social y (...) una teoría de la sociedad» (p.104)

Detecta dos grandes definiciones de pobreza: «la *absoluta*», que ilustra con la de R.Tamames, para quien una persona es pobre cuando sus ingresos no alcanzan el 50% de la renta per cápita del país de que se trate. Este autor considera que «la pobreza es una situación de precariedad que tiene efectos sobre la psique del individuo, sugiriendo que los pobres de ninguna manera son personas normales». Su visión «es individualista (...) y muy funcional política e ideológicamente para la sociedad en la que vivimos» (p.107). Otros autores tienen una percepción «*relativa*», más «*cualitativa*», de la pobreza urbana; ésta «no es sólo una cuestión de ingresos individuales, sino que forma parte de la organización espacial de la ciudad y viene dada en términos de viviendas, equipamientos y servicios, asentamientos ilegales» (p.107). Para los autores que plantean la pobreza de este modo, ésta «es un problema que implica a todo el sistema social: el económico, el Estado y su política redistributiva, el sistema judicial, policial, la educación, los medios de comunicación y la ideología» (pp.108-109).

Coincidiendo con este último modo de entender la pobreza, la autora considera que la antropología está especialmente preparada para realizar una crítica cultural y debe comprometerse con los grupos humanos que estudia. Esta toma de partido «no necesariamente implica ausencia de objetividad ni va en detrimento de la labor científica», sino quizás al contrario. «Al luchar por, y comprometerse con, la gente que estudia, el antropólogo adquiere un mayor compromiso y responsabilidad para perfeccionar su teoría y dar solución a los problemas.» Lo que contradice, según la autora, la idea de que «la gente envuelta en una

situación es la menos capaz de comprenderla», para ella, esto no es sino soberbia intelectual y etnocentrismo del universitario. Quienes sufren los problemas que estudian los antropólogos están menos interesados en engañarse, las posibles «soluciones afectarán a todos los órdenes de su vida. Y puede que estén más capacitados para percibir el origen y los mecanismos de su opresión» (p.118). Es necesario, para Pilar Monreal, recuperar las voces que ofrecen soluciones a problemas generados por otros, las «de quienes ven el bienestar que no disfrutan y a quienes les es negado para financiar otras actividades e instituciones en las que ellos no participan» (p.118). La autora podría aportar ejemplos concretos, pero todos podemos encontrarlos a poco que pensemos en ello.

El problema con este trabajo es su brevedad, de modo que a muchos lectores puede parecerles que plantea una discusión manida; sin embargo, a menudo es necesario recordar lo evidente; sobre todo en casos como el de la pobreza, que crece a nuestro alrededor sin, aparentemente, provocar más reacciones que las que producen los fenómenos de la naturaleza.